

ROZADA MARTÍNEZ, José María (2018) *Enseñar, y pensar la profesión. Autobiografía de un docente*. Oviedo: Gráficas Eujoa, 557 pp.

¿Por qué una y otra vez volvemos sobre nuestros pasos? ¿Para qué nos vale la historia? A esto respondía Ortega y Gasset: «para libertarnos de lo que fue. Porque el pasado es un *revennant* [un espectro] y si no se le domina con la memoria, refrescándole, él vuelve siempre contra nosotros y acaba por estrangularnos»¹. Una manera de eludir parte de esa dimensión espectral de nuestra vida pasada es dar a la luz pública parte de nuestros propios recuerdos

Ciertamente, *Enseñar, y pensar la profesión. Autobiografía de un docente* (2018) es una memoria profesional de dimensiones ciclópeas a causa de su extraordinario bagaje de información, solo explicable y sostenible por la llama, la zarza ardiendo, que inspira la vida y la profesión docente de un ser humano muy especial. Su autor es José María Rozada, maestro asturiano de larga trayectoria en su tierra y sobresaliente teórico de la didáctica de las ciencias sociales y de la formación del profesorado en España.

Si bien se mira, su autobiografía contiene más de un parecido con el dibujo de un retrato colectivo de un subcampo profesional, el del magisterio, surcado por un piélago de contradicciones, de luces y de sombras. Solo que el retratista es un maestro nada convencional porque es capaz de situarse a la vez dentro y fuera de ese campo magnético, de manera que su composición pictórica resulta expresiva de muchas de las grandezas y miserias del gremio, pero también la imagen docente que proyecta contraviene profundamente el imaginario socialmente construido a propósito del «oficio de maestro».

En su libro se alude a la *pequeña pedagogía*, sintagma que hizo público por vez primera en 2009 con motivo de un curso celebrado en Santander dentro de las actividades estivales en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIMP) y que, en cierto modo, condensa su tesis sobre la dotación

¹ *La historia como sistema*. Madrid: Espasa-Calpe, 1971, pp. 73-74.

de conocimientos y hábitos del profesor deseable. Sería algo así como el conjunto de instrumentos teóricos y modos de hacer de los que se vale el maestro para afrontar su profesión. Ahora bien, en el libro propugna esa y otras ideas, pero el despliegue del contenido es, por añadidura, un auténtico monumento pedagógico construido a partir de las evocaciones de una colosal experiencia vivida y aderezada gracias a una prodigiosa documentación acerca de su rico itinerario dentro y fuera de la institución escolar, de una peripecia autobiográfica transcurrida entre su nacimiento en 1949 y la terminación en 2018 de esta exhaustiva labor de recopilación de evidencias y testimonios, salpicados de pautas reflexivas e interpretativas muy personales.

En 1968 accedió al magisterio y en 2009 se jubiló en la escuela, y entre ambas fechas fue estudiante en la Universidad de Oviedo, luego profesor asociado de la misma, asesor del Centro de Profesores (CEP) de esa ciudad e investigador incansable de las relaciones entre la teoría y la práctica, militante de muchas causas y de muy variados y nobles proyectos colectivos. Desde los años ochenta sus publicaciones marcaron un hito en el ámbito del *currículum* y el desarrollo profesional y, desde luego, supusieron un manantial en el que bebimos todos los profesores que por entonces nos dedicamos a la llamada renovación pedagógica. Su obra, pues, significó una parada y destino insoslayables en el pensamiento educativo de entonces y su larga estela llega hasta nuestros días. Ahora, con motivo de este reciente testimonio, nos muestra, cual paciente, minucioso e incansable entomólogo, las interioridades dentro de las que se desenvolvió su impresionante experiencia vital como docente-investigador. Una endoscopia que se encuentra atravesada por una tesis capital, a saber, la necesidad de organizar el oficio docente como un indisoluble matrimonio, una auténtica e incesante dialéctica entre teoría y práctica.

Quien escribe estas páginas se ha sumergido en las ajenas con esa ingenua y sana curiosidad que busca encontrar en el texto aquellas claves sobre la personalidad intelectual y vital del autor, ciertamente compleja y a menudo paradójica, tratando de captar los

sutiles matices que no siempre se hacen visibles en las relaciones profesionales y de amistad, que durante tanto tiempo hemos compartido. Sin duda, en esa larga inmersión (el libro tiene 557 páginas), hallé algunas de esas ganzúas que abren el mejor conocimiento del otro, aunque el misterio sustancial sobre la interioridad de cada cual nos acompaña desde la cuna hasta la tumba.

No obstante, el «giro autobiográfico» en el que Rozada se interna casi pidiendo disculpas desde la misma introducción posee interés no tanto como herramienta heurística capaz de explicar la insondable naturaleza del yo (materia de intrincado afán psicológico), sino también y muy especialmente como verificación y encarnación de las «estructuras del sentir» (R. Williams, *dixit*), que actúan a modo de placenta y nutriente de ideas y actitudes subjetivas de un determinado momento histórico. El Rozada que se confiesa cada vez más individualista, que se narra (y nos narra) su vida, es criatura de su tiempo y su libro confirma ese persistente regreso al sujeto que ha movido todos los giros de las ciencias sociales, principalmente en el último tercio del siglo pasado y en las primeras décadas de este. En realidad, el mayor mérito de su testimonio escrito consiste en desplegar una historia profesional a partir del relato de la experiencia de su autor, siendo así que la experiencia individual, una parte de la realidad social vivida como propia y fragmentada en seres humanos portadores de anhelos irrepetibles y múltiples, hoy representa, por ejemplo, la apoyatura principal del remozamiento de la mirada historiográfica. Ahí creo que radica el interés supremo de esta oceánica narración profesional, en tanto que fuente para la historia de la educación y como pieza extremadamente singular y muy valiosa para la formación de docentes. Estamos, por tanto, ante un excelente libro-fuente cuya factura formal y estilística se acopla a las mil maravillas a las múltiples inquietudes que han forjado a su creador.

Cabe decir, pues, que este texto posee valor en sí mismo gracias a la extraordinaria documentación que se atesora y exhibe, al punto de que el historiador no puede menos que desear que algún día las fuentes provenientes del ingente e impresionante archivo

personal de su autor, junto al contenido de este libro, se depositen en algún museo pedagógico, facultad de educación o archivo histórico público. Por descontado, el fruto obtenido posee plena vigencia aleccionadora para los aspirantes al profesorado y para los que actúan como tales aquí y ahora. Sus ricas especulaciones y relatos deberían ser objeto de reflexión en la formación inicial y permanente del magisterio, tanto por lo que exponen sobre la manera de pensar y hacer como por lo que tiene de friso histórico de cómo evoluciona históricamente esa profesión docente. Por lo tanto, lo que se muestra en este trabajo, además de objeto de museo, debería ser motivo temático para la formación del profesorado. La bendita obsesión del maestro asturiano por unir la teoría y la práctica, por considerar a los profesores como una suerte de alquimistas que transmutan (no solo aplican), en la singular redoma de la escuela, el saber científico en práctica y arte de enseñar, constituye el esqueleto de la tesis central de su obra y el norte de su labor escolar. En su opinión, esas teorías y prácticas serían de «segundo grado» en tanto que construcciones de los propios docentes y no un mero espejo de un conocimiento normativo previamente reglado.

Sin embargo, ocurre, a veces, que los vicios y las virtudes no caminan en una sola y misma dirección. Lo que puede considerarse virtuoso puede devenir vicioso y al revés. En el caso que nos ocupa, la extensísima documentación fáctica incorporada creo que, a pesar de beneficiarse de un estilo literario sobrio, preciso y eficaz, lastra el pulso narrativo del conjunto, de modo y manera que el lector ha de enfrentarse a un torrente de copiosa información que anega su atención y puede llegar a ahogarle si opta por una exploración meramente sucesiva y lineal de los capítulos. De ahí que el principal defecto de esta magnífica obra estriba en que el colosal y detallado acarreo de datos, experiencias y consideraciones varias, puedan resultar incontinentes para un hipotético receptor ajeno a los asuntos que se cuentan.

A mi modo de ver, ello se debe, en parte, a la disposición del discurso narrativo conforme a un orden cronológico, encofrado, en el que van apareciendo hechos y sucesos

de muy diferente naturaleza y de nada fácil engarce (por ejemplo, las escasas referencias a situaciones de la intimidad privada, las reflexiones sobre su propia formación intelectual o los muy numerosos análisis de su práctica docente a través de diarios, materiales, fotografías, transcripciones, etc.). Se me ocurre que una estructuración temática hubiera hecho más fácil y amena la lectura, habilitando posibles entradas susceptibles de adaptarse mejor a los intereses del lector. Bien podría imaginar tal articulación a través de las diferentes facetas del propio Rozada (niño-escolar; militante en ciernes; maestro primerizo: la Universidad; la formación de profesores; el investigador; el maestro reflexivo; etc.). Ello no obsta para que entienda perfectamente que él no haya sido partidario de trocear su imagen, porque, entre otras razones, su tesis central aboga por una relación especial entre teoría y práctica, de modo que entiende el resultado de su libro como un mosaico de teselas móviles, que forman un todo y, como reiteradamente nos advierte, «esta autobiografía (no me cansaré de repetirlo) no trata de mi vida personal, sino de las complejas, aunque no impenetrables, relaciones entre teoría y práctica». Claro, pero tales conexiones nada son por sí mismas al margen del sujeto que las soporta. De donde se infiere que este trabajo más que demostrar una hipótesis mantenida durante toda una vida docente logre, en realidad, convertirse en preciosa fuente para pensar (quizás de otra manera) la idea vertebradora que empapa toda la obra, a saber, los vínculos entre el estudio, la reflexión y la acción profesional, entendidos en sentido multidireccional.

De lo dicho hasta aquí se infiere que José María Rozada arma una autobiografía a medio camino entre el oficio de antropólogo, observador (participante) de sí mismo y el meticuloso científico naturalista, casi entomólogo, por el detalle de sus densas descripciones. Estamos ante un racionalista de alta magnitud que, propietario de una inteligencia operatoria nada común (y muy proclive al dibujo de artefactos conceptuales ingenieriles), deposita grandes esperanzas en el conocimiento científico a pesar de que, con muchos y poderosos argumentos, reniega

del tecnicismo imperante en el discurso pedagógico oficial. Incluso en algún momento, al analizar el tejido molecular de sus clases, tales como el reiterado «no sé» de los alumnos o la función pedagógica de los silencios en su método dialógico de enseñanza, nuestro profesor se muestra encantado de experimentar una sensación creativa que compara con la de los científicos que se ocupan de la física de las partículas elementales. Así, el maestro se reconforta consigo mismo investido de la bata del científico por excelencia (el que opera con materia no humana). Sin embargo, él mismo abomina de la normatividad y consistencia de muchos de los postulados de las llamadas ciencias de la educación (por ejemplo, de la pedagogía por objetivos, de la evaluación por competencias, etc.) y, en consecuencia, en sus métodos de enseñanza y de observación de la vida en el aula se inclina mayormente por aproximaciones cualitativas. Pero la disección microscópica de la práctica a través de diarios, audios, vídeos, fotografías, entrevistas, etc., quizás pudiera entrañar el peligro de recaída en el neotecnicismo, porque la captación de la realidad y su interpretación no gana necesariamente con la acumulación de evidencias empíricas si no existe una comprensión global de la realidad. Esta nunca es transparente y la acumulación de datos y sucesos no siempre es garantía de una mejor comprensión del mundo que pretendemos explicar. Bien es cierto que, en el caso del profesor Rozada, la vertiente empírica se inscribe en una teoría más general de la enseñanza, que se remonta a sus primerizos modelos didácticos, a su reflexión sobre la investigación-acción y, en fin, a su concepción de la profesión docente y de la didáctica como la puesta en funcionamiento de teorías y prácticas de «segundo orden», esto es, como resultado y suma de una metamorfosis y fusión del conocimiento académico y de la acción en el contexto escolar.

Sostiene Rozada que su libro constituye «un mosaico racionalmente organizado» que tiene por objeto y motivo mostrar, a través de su historia personal, cómo se pueden verificar las relaciones entre teoría y práctica. Tal pretensión se articula en cinco capítulos, de extensión muy distinta, y un índice onomástico final. El primero de ellos, de

índole más íntima y de lectura más amena, contiene su vida como escolar, su formación como maestro, sus primeras prácticas docentes en educación primaria ejercidas un poco a ciegas hasta llegar a emprender estudios universitarios de su gusto. Es de agradecer que nuestro personaje confiese que estudió magisterio sin vocación alguna por la profesión y que el sentido de la docencia lo fue encontrando a medida que su conocimiento iba agrandando horizontes. Precisamente, en su segundo capítulo (1979-1982) muestra el «corte epistemológico» que sufrió, ya siendo maestro, a partir de los estudios universitarios de Geografía y de la elaboración de una célebre tesina sobre la enseñanza de esa materia. Ahora sí, por primera vez en su vida salió de las aulas, como Unamuno dijera, «enamorado del saber» y dotado de un palpitante e inextinguible afán de estudiar y comprender el mundo. Todo ello dentro de unas coordenadas políticas e ideológicas entintadas de la izquierda de entonces, que en buena parte se han desvanecido en el pensamiento actual de nuestro autor. El tercer capítulo (1982-1987) aborda, en un contexto de reformas educativas impulsadas por el gobierno del PSOE, el redescubrimiento gratificante de su actividad docente con el alumnado de la segunda etapa de EGB en el Colegio Villar Pando de Oviedo (en la especialidad de ciencias sociales), que ya se funde, sin remedio, con la reflexión teórica y sus clases universitarias. Este maestro primario-profesor universitario empeñado en casar la teoría curricular con el desempeño profesional se dedicará más adelante, como muestra en el capítulo cuarto (1987-2001), a la formación del profesorado como asesor dentro del Centro de Profesores de Oviedo, pero al mismo sin dejar ocasión para ir publicando sus especulaciones pedagógicas e ir haciendo camino al andar en compañía de grupos de investigación-acción, dentro de la Plataforma Asturiana de Educación Pública o en la Federación Icaria. Este incómodo asesor, que tiene en su haber no pocos enfrentamientos con la Administración educativa y con las personificaciones

de sus miserables entornos de intriga y arribismo, en esa época consigue una potente tensión intelectual creativa y una audiencia creciente en los más dinámicos medios de renovación pedagógica, lo que no fue óbice para la desestimación de su candidatura a una titularidad universitaria.

El libro *Formarse como profesor* de nuestro profesor, que Juan Mainer y yo tuvimos el acierto de publicar en una colección de la editorial Akal, constituye una obra espléndida que resume una etapa de muy alta intensidad productiva. Finalmente, con más de una decepción a cuestas y no pocos disgustos, un Rozada, más individualista y un tanto escéptico respecto a los cantos de sirena de la emancipación global y colectiva, vuelve a sus aulas como generalista de Educación Primaria, cuyas andanzas pedagógicas relata con pormenor y primor en su último capítulo «La vuelta al cole y a uno mismo, 2001-2009». Seguramente nadie puede volver a «uno mismo», como pretende nuestro amigo, porque el yo es una realidad evanescente que solo se puede aprehender narrativamente y, en todo caso, acudiendo a una imagen legendaria del sí mismo que vamos construyendo con el vivir y que progresivamente nos va poseyendo. Sea como fuere, el profesor Rozada culmina su carrera docente mediante un despliegue impresionante de fuentes y de agudas consideraciones, que verifican una especie de meticuloso examen de sí mismo y de su quehacer en un aula, documentada con múltiples fuentes de observación y reflexión. Pese a sus muchas dudas, parece mantener sus tesis de la necesaria relación teoría-práctica, aunque, como bien relata en la coda del libro, al final, en algunos casos, solo cabe defender la ética: «No es, desde luego, suficiente pero sí indispensable ser una buena persona para ser un buen docente». Quienes gozamos de su amistad sabemos perfectamente que ambas condiciones se ven en su persona desde lejos y enseguida.

RAIMUNDO CUESTA
Fedecaria-Salamanca